



INFORME: EXILIADOS DE CLM

# Exiliados, viajeros del mundo

Alicia Alted Vigil

UNED, Madrid



Robert Capa

Exilio, extrañamiento, expatriación, éxodo, destierro...; el castellano es rico en vocablos que tienen por común denominador el forzado abandono de un lugar, de una identidad, de unas raíces. Esta riqueza lingüística tiene su asiento en una tradición histórica muy antigua que ha hecho de la Península Ibérica tierra de continuadas migraciones. En este proceso que, en realidad, es universal y tan antiguo como la propia historia de la humanidad, hay enriquecimiento cuando se acoge a los recién llegados y pérdida cuando se expulsa a una parte de un colectivo. La historia es la que marca con huella indeleble el tanto por ciento de uno o de otra.

En España los exilios forzados han supuesto siempre una considerable pérdida cualitativa desde los albores de la Historia Moderna. Así pasó con la expulsión de judíos y moriscos en aras de la unidad política y religiosa de la Monarquía, o de judeo-conversos y heterodoxos que huían del rigor de la Inquisición. Los convulsos acontecimientos políticos que jalonaron el siglo XIX desperdigaron por Francia, Inglaterra y países de Hispanoamérica a afrancesados, patriotas liberales, carlistas, progresistas o demócratas. El golpe de estado del general Pavía y la restauración monárquica en 1875 provocó un nuevo exilio a Francia de dirigentes republicanos. Ya en el siglo XX y como consecuencia del golpe de estado del general Primo de Rivera en 1923, un reducido grupo de políticos e intelectuales significados tuvieron que expatriarse. En cualquier caso, ninguno de estos exilios provocó una ruptura del cuerpo social tan profun-

da y duradera como iba a ocurrir con el exilio republicano de 1939.

La derivación de un golpe militar contra un régimen legítimo en guerra civil en julio de 1936 y la evolución posterior del conflicto, que tempranamente alcanzó una dimensión internacional, a favor de los militares sublevados, obligó a cerca de medio millón de republicanos a una forzada huida hacia la frontera con Francia en los días finales de enero de 1939. Una de las peculiaridades de este éxodo es que revistió características de diáspora, ya que era el pueblo español quien estaba representado en esos cientos de miles de hombres, mujeres y niños que procedían de toda la geo-

grafía peninsular y de los más variados estratos sociales y profesionales. Un aspecto muy importante que explica la impronta de este exilio en los países de acogida es que el hecho de que la gran mayoría de los intelectuales, científicos, artistas, escritores, profesores de los distintos niveles docentes..., que habían protagonizado esa etapa floreciente de la cultura española que se ha denominado la "Edad de Plata", se habían comprometido con la causa de la República durante la guerra y marchaban al destierro.

Los exiliados no tuvieron en Francia la acogida que esperaban del país que había colocado en el frontispicio de su Revolución los principios de Igualdad, Fraternidad, Libertad. Marcados con la connotación negativa de "rojos" por un gobierno de centro derecha y una opinión pública xenófoba, fueron encerrados en campos de concentración. Mujeres, niños y hom-

## RESUMEN:

Este texto es el prólogo que Alicia Alted Vigil, titular de Historia contemporánea en la UNED (Madrid) ha preparado para el libro coordinado por Juan Antonio Díaz Castellanos *sin Mancha: Exiliados castellano-manchegos tras la Guerra Civil*, que acaba de aparecer con el número 8 en la Biblioteca Añil. En él la autora hace un balance de lo que significó como pérdida cultural, social y humana el exilio de los republicanos españoles derrotados en 1939 así como la aportación de estos exiliados a la cultura y a la vida de los países que los acogieron.

bres de edad se vieron dispersados por el país y acogidos en centros habilitados como refugios o albergues, aunque algunos de ellos también conocieron el rigor de los campos. Ante esta situación, algo más de la mitad retornó a España en los meses siguientes a la terminación de la guerra y otra parte trató de re-emigrar a terceros países, en especial a México, cuyo Presidente Lázaro Cárdenas hizo gala desde el inicio de la guerra de un continuado apoyo.

Quienes partieron al exilio no pensaron que duraría cuarenta años. Iban con una idea de provisionalidad que las circunstancias históricas transformó en larga espera para unos, ausencia definitiva para otros, retorno tardío e incompleto para unos terceros. De esta forma, todos los refugiados acabarían teniendo la misma percepción de sí mismos que Luis Rius: "Yo soy un doble ser, así me siento". Precisamente este manchego de Tarancón es uno de los cuarenta y ocho exiliados y exiliadas que transitan por este libro sabiamente coordinado por Juan Antonio Díaz, buen navegante entre exiliados, a bordo de su "Colectivo Sinaia", y mejor conocedor de sus peripecias. El libro se circunscribe al ámbito de Castilla-La Mancha, constituyendo una cabal muestra de lo que supuso ese exilio de 1939 de pérdida para España y de enriquecimiento para los países que lo acogieron.

En los primeros momentos de la Transición aparecieron dos obras pioneras sobre este tema, hoy de obligada referencia, y que han constituido punto de partida para investigaciones posteriores. Me refiero a la obra colectiva dirigida por José Luis Abellán: *El exilio español de 1939* (1976-1978, 6 tomos) y al libro de Javier Rubio: *La emigración de la Guerra civil de 1936-1939* (1977, 3 vols.). Desde entonces el interés por un mejor conocimiento de lo que fue y significó este exilio republicano ha ido incrementándose, aunque todavía quedan muchas lagunas y sobre todo faltan estudios monográficos que sustenten y corroboren las afirmaciones generales. De ahí el interés que reviste este libro porque a través de los bocetos biográficos de estos castellanos que perdieron su Mancha, podemos constatar con ejemplos concretos algunas de las afirmaciones recogidas en el libro de Javier Rubio y en estudios posteriores como los de Geneviève Dreyfus para Francia o Dolores Pla y Clara Lida para México.

Por ejemplo, los exiliados de Castilla-La Mancha integraron en Francia un grupo pequeño en relación con el conjunto. Si incluimos Madrid, representaban el 7,6% del total de exiliados. En cambio esta cifra se elevaba significativamente con relación a México (28,4%), República Dominicana (31,7%) o Colombia (38,9%). Al fijarnos en el asentamiento geográfico de los refugiados que aparecen en el libro, constatamos que veinticinco de ellos se dirigieron a México. Salvo en un caso que fue directamente a la Casa de España en 1938 invitado por el Presidente Cárdenas, los demás re-emigraron a ese país desde Francia y en varios casos en tercera re-emigración desde la República Dominicana o Colombia.

Otro aspecto que conviene subrayar es el referido al perfil profesional. Bien es cierto que en el libro aparecen aquellos castellano-manchegos de los que se tiene noticia porque, en mayor o menor medida, dejaron huella de su quehacer. Las trayectorias son muy desiguales, pero podemos apreciar un claro predominio de profesores y pedagogos (catorce). Del campo de las artes plásticas y de la ilustración proceden siete, dos de ellos emigraron a Francia desde un exilio interior o "insilio" si utilizamos un término literario. Al mundo de la cinematografía se dedicaron cinco en México. El resto combinó actividades literarias, periodísticas o políticas con el ejercicio de la abogacía o la actividad económica en diferentes ramos del comercio, la industria o la gestión pública. Las biografías de las cinco mu-



Robert Capa.

res que incluidas en el libro también pueden servir de modelo de lo que implicó el exilio para ellas. En algunos casos tuvo unos claros efectos positivos ya que pudieron desarrollar o mantener una actividad profesional impensable de haber permanecido en España.

A estas alturas resulta obvio que la cultura española sufrió una merma, quizás irreparable, con la guerra. Los exiliados se vieron abocados a reconstruir o reanudar su trabajo en los países donde se asentaron. Fue una labor ardua y lenta, pero que tuvo sus frutos, sobre todo porque el contacto con otras culturas, que en algunos casos tenían una fuerte tradición que les era familiar, enriqueció y reorientó sus actividades por caminos que quizás no hubieran recorrido nunca de no haberse producido ese obligado extrañamiento. Pensemos en casos como los de Javier Malagón, Tomás Navarro Tomás, Amos Ruíz Girón, Manuel Balanzat o los pedagogos Herminio Almendros o Patricio Redondo. En un plano político es ejemplificador el caso de José Prat. Pero también la guerra truncó trayectorias que sólo pudieron recuperarse parcialmente en el exilio. Como se pregunta el autor de la biografía del escultor Alberto Sánchez ¿qué hubiera pasado si en lugar de exiliarse a la Unión Soviética siguiendo sus convicciones ideológicas hubiera marchado a París, México o Nueva York?. Realmente no lo sabemos y tampoco cual hubiera sido la evolución de estos refugiados que aquí se nos reviven en el recuerdo de no haberse producido la guerra. Lo cierto es que lo que hicieron después no se entiende si no se parte de ese año medular de 1939 y es que adultos o "cachorros" (en acepción de Manuel Andújar) el hecho en sí del exilio cambió sus vidas para siempre.

Pero a quienes tratamos de conocerles nos sigue sorprendiendo que estos hombres y mujeres, sobreponiéndose al desarraigo y a la nostalgia y siempre con la mirada fija en su tierra natal, contribuyeron en su conjunto como nadie quizás anteriormente a difundir la tradición cultural española a lo ancho y largo del mundo, en unos años en los que su país estaba cerrado sobre sí mismo por mor de la dictadura que impusieron los vencedores en la guerra. Esto es así porque el exiliado llevaba en su parca maleta como bagaje un espíritu curioso, abierto, receptivo, cosmopolita. Viajero del mundo, ese no estar aquí ni allá al final ha beneficiado a las generaciones de la España actual por todo lo que pueden aprender de ellos y por lo que nos han legado. Y como muestra y claro ejemplo, este libro. □